

Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Vigésima Edición. Madrid, Espasa-Calpe, 1984, 2 Tomos. 1416 p. 31 x 21 cm.

De todas las obras de lingüísticas aparecidas en los últimos años, ninguna era esperada con mayor ansia que la Vigésima Edición del DRAE, ya que se sabía que traería muchas innovaciones. En efecto, en la actualidad, en todo el mundo hispánico, ningún libro es más consultado que el Diccionario de la Lengua Española, tanto por los lingüistas, como por las personas cultas en general.

Una de las características más importantes de la XXa. ed., con respecto a las anteriores, es que consta de dos tomos. Esta innovación se debe sobre todo al hecho de que la Real Academia, con respecto a la ed. anterior de 1970, ha incorporado 8.000 términos nuevos (neologismos y americanismos), y además presenta 12.000 modificaciones. Este caudal léxico estaba ya en el uso, pero no tenía el respaldo de la autoridad académica y muchas voces no figuraban ni siquiera en otros diccionarios de la lengua española que, por lo general, aceptan con mayor facilidad las innovaciones e inclusive muchas palabras de otros idiomas, sobre todo del inglés.

Indudablemente la muerte del general F. Franco y el cambio de régimen político han influido en la nueva definición de muchos conceptos. Mientras en la ed. XIX, de 1970, el término *marxismo* era definido de una manera muy escueta "doctrina de Carlos Marx y sus secuaces", en la nueva edición se le dedica un artículo más extenso e ilustrativo. Del mismo modo se han incluido muchos otros términos políticos, como por ejemplo *golpismo*, que no figuraban en las ediciones anteriores.

También se incluyen numerosos términos de las diferentes ciencias, y en especial de la medicina. Sin embargo no todas las voces que

aparecen en los tratados de medicina encuentran cabida en la XXa. ed. del DRAE, y de esto no se le debe hacer un cargo al Honorable Organismo de nuestra lengua. Llama la atención, sin embargo, el hecho de que hay términos que no sólo figuran en el "Diccionario de Ciencias Médicas" Dorland (5a. ed., Buenos Aires, etc., Librería "El Ateneo" Editorial, 1976), sino también en los periódicos en general, y no obstante no han sido aceptados todavía por el DRAE. Algunos de estos términos son bastante conocidos inclusive por las personas de mediana cultura (no sólo por los especialistas), debido a la difusión que han tenido algunos adelantos de esta ciencia, como por ejemplo: *heterosexual* y *heterosexualidad* (opuestos a *homosexual* y *homosexualidad*) o bien: *colposcopia*, *ecografía*, *menarca*, etc.

Lo que se observa para la medicina podría extenderse también a otras ciencias. Es probable, empero, que los académicos no hayan querido abultar más todavía el caudal léxico, porque de lo contrario en lugar de dos tomos, hubieran sido necesarios tres. Pero la lengua sigue enriqueciéndose constantemente y no hay que descartar la posibilidad de que las próximas ediciones consten de tres tomos. Lo más difícil, sin embargo, no es tanto el hecho de detectar las innovaciones lexicales o semánticas (que son casi infinitas), sino más bien seleccionar las que merecen ser incluidas en una obra tan importante como es el DRAE.

Coherente con su tradición purista, la Real Academia sigue siendo reacia o por lo menos lenta en la aceptación de términos de otras lenguas, especialmente los anglicismos, que no se ajustan en el aspecto morfológico y fonético (y a veces inclusive en el aspecto gráfico) a las modalidades de la lengua castellana, consagradas por una tradición de casi mil años. Por ejemplo la palabra inglesa *scanner* ha sido castellanizada en *escáner* (con el agregado de *e* delante de *s* seguida de consonante; la supresión de una *n*; y la colocación del acento ortográfico en la penúltima sílaba, según las reglas establecidas por la gramática). A otros anglicismos terminados en una consonante que no se da en castellano, en posición final, se le ha agregado una *-e*. Así *trust* se ha vuelto *truste*; *club*, *clube*, etc. Esta modalidad ha sido adoptada desde hace mucho tiempo por los diccionarios de la lengua portuguesa que inclusive registran *Nova Iorque* (por *New York*). En la práctica, por lo menos en la Argentina, no se oye nunca la *e* protética que propone la Academia Española, No se acepta en cambio la voz *slip*, ni según la grafía original del inglés, ni según la pronunciación popular *eslí*. Tampoco la incluyen el *Diccionario de Anglicismos* de Ricardo J. Alfaro y

otros diccionarios importantes de la lengua española (salvo el *Diccionario Enciclopédico Vergara*), a pesar de tratarse de una palabra que designa una prenda muy conocida en todo el mundo.

Más amplia cabida se concede en cambio a voces o acepciones de los países hispanoamericanos, y especialmente de la Argentina, como por ejemplo: *Tuco* 3 m. Arg. y Urug.: Salsa de tomate frito con cebolla, etc. (voz de origen italiano); *Playo* adj. Argent. Mej. Par. y Urug. Dícese de lo que tiene poco fondo. 2. V. *plato playo*; *Guano*, en la acepción de "abono en general"; y muchas otras.

No se entiende por qué motivo no se han incluido voces como por ejemplo: "*Piraña* f., de origen guaraní, nombre vulgar de un pez chico, muy espinudo, de los ríos y lagunas del litoral". (Cfr. Abad de Santillán, *Diccionario de Argentinismos*, TEA, Buenos Aires, 1976). Esta palabra, con la variante gráfica *piranha*, aparece también en portugués: "Peixe do Brasil, de dentes anavahados e mordedura perigosa". (Cfr. *Dicionário Prático Ilustrado*, Ed. Lello & Irmao, Porto 1957). Se incluye, en cambio, *surubí* o *suruví* m., también derivado del guaraní, Arg. Bol. Par. y Urug. Pez de río de carne compacta y sabrosa.

Se lee en un periódico argentino a propósito de la inclusión de los numerosos argentinismos por el DRAE: "Nunca anteriormente, figuraron tantos argentinismos en los diccionarios de la Real Academia Española como esta vez. Estos son algunos: "baguala", "cachirla", "compadrito", "firmeza" (baile popular), "malambo", "diaguita", "mensú" (mensual, obrero asalariado). Para sorpresa de los puristas y "académicos" también fue incorporado "chau", nuestro saludo de despedida". ("La Real Academia aceptó palabras que durante muchos años se creían vulgares e incorrectas", en: *Tabloide "SEMENARIO"*, Buenos Aires, 17 de octubre de 1984).

Por muchos aspectos la nueva edición del DRAE resulta más actualizada que otros diccionarios publicados en los últimos lustros. Se han incluido también muchos términos de la lingüística moderna, como por ejemplo: *fonología*, *fonemática*, *morfema*, etc. En cambio se han excluido otros, como por ejemplo: *glosemática* (Zingarelli lo registra), *monema*, *plerema*, etc. No se entiende bien a qué obedece esta diferencia de criterio. Posiblemente se ha tenido en cuenta la mayor o menor frecuencia de los términos. De todos modos un diccionario como el de la Real Academia no puede dar cabida a todos los términos técnicos que van apareciendo en todas las ramas del saber, al-

gunos de vida efímera, porque de lo contrario la mole de la obra aumentaría enormemente y resultaría, por otra parte, poco práctica.

Otra innovación importante de la nueva edición del DRAE con respecto a las anteriores, es la omisión de los refranes. Esto obedece seguramente a razones de espacio, como ya se ha señalado. La Real Academia había hecho conocer con anterioridad este criterio y también había prometido incluir el caudal de los proverbios en una publicación especial, una especie de suplemento del DRAE, que seguramente será de gran utilidad para los que se interesan por los aspectos tradicionales de la cultura popular.

Para la etimología de las palabras de origen griego, la Real Academia ha creído oportuno conservar la transcripción en el alfabeto original. Este criterio no ha sido compartido por el *"Vocabolario della Lingua Italiana"* de Nicola Zingarelli, ya que, mientras en la séptima edición del año 1950, se mantenía el alfabeto griego, en la décima edición, de 1970, se ha adoptado el alfabeto latino. Ambos criterios son respetables y presentan ventajas y desventajas. La transcripción en griego implica un mayor respeto por la venerable cultura de esa lengua y facilita a los helenistas el cotejo de las palabras con diccionarios de griego. Lamentablemente el número de personas que pueden tan sólo deletrear el alfabeto griego es exiguo (y su número tiende a disminuir más todavía, inclusive en Europa, debido a que es cada vez menor el número de los jóvenes que estudian la lengua de Homero en el ciclo secundario), y por lo tanto la mayoría no está en condiciones de leer siquiera las palabras escritas en dicho idioma. Seguramente por estas razones en las últimas ediciones del *"Dizionario de Zingarelli"* se ha preferido adoptar el alfabeto latino para las palabras griegas. Este criterio ha sido adoptado también por otros diccionarios etimológicos de carácter divulgativo, como por ejemplo: *Avviamento alla Etimologia Italiana*, de Giacomo Devoto; el *Dictionnaire Etymologique de la Langue Francaise*, de O. Bloch y W. v. Wartburg; y el *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, de Juan Corominas.

A las discrepancias de criterio señaladas anteriormente, agregamos la siguiente. Mientras para la voz *laser* se dice: "Sigla del ingl. *Light activation by stimulated emission of radiations*"; para la voz *radar*, que es también una sigla del inglés, no se registran las palabras inglesas (*Radio detecting and ranging*, "detección y localización por radio"), sino tan solo: "Voz formada de las iniciales de varias palabras inglesas".

En cuanto a la división en sílabas de palabras de otras lenguas, debería tenerse presente que sólo el español mantiene inseparados los grupos *-ll* y *-rr* — porque constituyen grafemas de fonemas indivisibles. En cambio en las otras lenguas europeas, siguiendo el modelo del latín, en la división en sílabas de las consonantes dobles, la primera consonante se pone al final de la sílaba precedente, y la segunda se une a la vocal de la sílaba siguiente; por lo tanto la palabra italiana "*pimpinella*", se silabea *pim—pi—nel—la* y no *pimpine—lla* (Cfr. pág. 1062).

Es sorprendente el ritmo vertiginoso con que se han producido los cambios en todos los aspectos de la vida humana y los logros alcanzados por las diferentes ciencias durante el siglo XX, especialmente en los últimos lustros. Todos los cambios e innovaciones se reflejan naturalmente en la lengua, ya que ésta es el vehículo de los nuevos conceptos. Por estos motivos la Real Academia debería reducir el lapso entre una y otra edición de su diccionario (que últimamente ha sido de 14 años), a 10. Esta reducción de tiempo implicaría naturalmente un mayor trabajo no sólo para la Real Academia Española, sino también para las varias Academias de los países americanos y para los lexicógrafos y lingüistas en general. Sin embargo el esfuerzo vale la pena, si es que se quiere seguir gravitando en los 300.000.000 de hispanohablantes y no quedar marginados por obsoletos.

Mario Sartor